

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DEL COMERCIO

WT/MIN(99)/ST/71
1º de diciembre de 1999

(99-5268)

CONFERENCIA MINISTERIAL
Tercer período de sesiones
Seattle, 30 de noviembre - 3 de diciembre de 1999

Original: inglés

SANTA LUCÍA

Declaración del Excmo. Sr. George Odlum, Ministro de Relaciones Exteriores y Comercio Exterior

Vengo de un país en el que el nombre de la OMC es una mala palabra. Vengo de una pequeña isla en desarrollo en la cual hay cultivadores de bananos que, de haber podido, hubieran estado esta semana aquí en Seattle para desfilar y gritar con los manifestantes en torno a este centro de convenciones a fin de pedir la supresión de la OMC. Vengo de una región en la cual las gentes acompañan en espíritu a los manifestantes contra la OMC que están en la calle.

Su actitud no se debe a la ignorancia de los propósitos de la OMC. Por el contrario, se ha concretado debido a la amarga experiencia adquirida con las decisiones y los informes de los grupos especiales de la OMC, que los está marginando, pues los privan del acceso al mercado de bananos, que no es tan sólo su medio de ganarse la vida, puesto que de él depende el futuro de las economías de muchos de nuestros países caribeños. Se trata de una experiencia adquirida con la traición de un país que consideraban amigo y que, en nombre de la llamada cruzada del comercio liberalizado, los ha vendido por las utilidades de una empresa multinacional.

Las modalidades y consecuencias de la reclamación, encabezada por los Estados Unidos, contra el régimen europeo de comercialización del banano en la OMC son la más grave acusación dirigida hasta ahora contra el nuevo sistema de comercio regido por la OMC. El episodio del banano muestra crudamente las fallas, desigualdades e injusticias fundamentales del sistema.

Hemos comprobado que, en nombre de la liberalización, el sistema presta escasa atención a la situación y a las necesidades propias de los países en desarrollo pequeños y económicamente desfavorecidos. Hemos descubierto que su mecanismo de solución de diferencias nos relega, aun cuando estén en juego nuestros medios de vida y nuestra propia supervivencia, a una condición de terceros, que apenas pueden levantar la voz en las audiencias y en la cual hasta estamos obligados a defender la composición de nuestras delegaciones. Hemos visto, en la medida en que lo permitía el sistema, cómo un país económicamente poderoso presenta una reclamación, aunque ese país no cultiva ni exporta ni un solo banano. Hemos visto que se daba a ese país más influencia que a nosotros, y se permitía que saliera ganando con nuestra desgracia, imponiendo sanciones a los países que nos habían prestado ayuda en cumplimiento de sus obligaciones jurídicas internacionales sumidas de conformidad con el Convenio de Lomé.

Por consiguiente, hemos venido a Seattle para decir ¡NO, NO, NO, NO!

¡No a los propósitos fundamentales de esta reunión, orquestados por quienes se han atribuido el papel de directores económicos del mundo! ¡No a la dictadura y la imposición de la ideología económica de los fuertes! ¡No a la mundialización sin ética! ¡No a la liberalización sin equidad! ¡No a una mundialización que no sea abierta! ¡No a una liberalización sin seguridad para los seres humanos! ¡No a una mundialización que no sea sostenible! y, sobre todo, no a una liberalización sin desarrollo.

¿Cómo puede esperarse que nosotros, los países pobres del mundo, vengamos aquí, a esta OMC que se supone es el epítome de la democracia, para aprobar una declaración que ha sido elaborada con procedimientos de "sala verde" (restringidos) a los que no tuvimos acceso; para asistir a debates efectuados en corredores en los que sólo participan los bloques del poder económico; para aprobar textos en los que se ha suprimido hasta el último vestigio del concepto de desarrollo, sin la menor sensibilidad ante la tragedia de los más pobres y pequeños de entre nosotros?

¡No, no podemos hacerlo!

Debemos interrumpir o suprimir enteramente esta loca carrera a la destrucción humana que se lleva a cabo en nombre de la "liberalización" -no es la primera vez en la historia que se usan palabras de virtud para describir hechos viciosos. Las injusticias inherentes al sistema actual subsistirán hasta que los abogados de la liberalización se quiten las gafas color de rosa y miren el comercio mundial desde la perspectiva de los países en desarrollo como los nuestros. Las condiciones no han sido nunca equitativas. Las diversas situaciones económicas de los países dictan esta actitud, y por consiguiente, es hipócrita seguir aduciendo como pretexto que todos los países serán un día iguales en un nuevo sistema benevolente. La mano invisible del libre comercio no favorece nunca a los débiles pero hace que los fuertes sean siempre más fuertes.

Cuando comenzó el siglo XX el país más rico del mundo era sólo nueve (9) veces más rico que el más pobre. Al comenzar el siglo XXI el país más rico del mundo, este país que nos recibe, es sesenta y tres (63) veces más rico que el país más pobre.

La triste batalla que han librado los Estados Unidos contra los países productores de bananos más pequeños del mundo ha dado el tono y el ambiente de desconfianza de toda nueva ronda. No podemos ser parte de un consenso en este ambiente de victimización e insensibilidad. Agradecemos a los manifestantes de Seattle y Londres que han demostrado sentir mayor simpatía por los pobres de la tierra que el Gobierno de Estados Unidos. Éste puede ser el punto de partida para la evolución de la unión comercial de los pobres.
